

PARA HISTORIAM LA HETEROGENEIDAD.
CON ALGUNAS CALAS SOBRE EL PROCESO LITERARIO
PERUANO DEL SIGLO XIX

Carlos GARCÍA-BEDOYA M.*

1. LA HISTORIOGRAFÍA LITERARIA LATINOAMERICANA:
ENTRE CRISIS Y RENOVACIÓN

En la década de los setenta del siglo pasado, se procesó un importante debate sobre la especificidad de la teoría literaria latinoamericana. No es ninguna casualidad que el primer número (1975) de la recién surgida *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana* se abra con el estudio crucial sobre esa temática: “Algunos problemas teóricos de la literatura hispanoamericana” de Roberto Fernández Retamar.¹ No viene a cuenta recordar los hitos de tales debates ni mencionar a los numerosos intelectuales que en él participaron. Baste recordar que se proponen entonces categorías teóricas tan importantes como “transculturación narrativa” (Ángel Rama) o “literaturas heterogéneas” (Antonio Cornejo Polar), sin olvidar reflexiones tan relevantes como las planteadas por António Cândido en “Literatura y subdesarrollo” (Fernández Moreno, 1972: 335-353) o Roberto Schwarz en “As idéias fora do lugar” (Schwarz, 1977: 13-28). Luego de esa preeminencia de la teoría en la década de los setenta, en la de los ochenta se procesó lo que cabe llamar un giro histórico. A partir de los recientes desarrollos teóricos, tanto latinoamericanos como mundiales, se exploraron nuevas opciones para la historia literaria, disciplina sumida en una profunda crisis, debida a la prolongada persistencia de los modelos historiográficos positivistas y al callejón sin salida al que condujo el intento de sustituirlos mediante historias literarias estructuradas sobre la base de la teoría de las generaciones. A ello cabe agregar el hondo impacto ejercido por

* Profesor principal, Departamento de Literatura de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima, Perú.

¹ Se publicó en las páginas 7-38. Se incluye en su libro *Para una teoría de la literatura hispanoamericana y otras aproximaciones* (1975: 88-134).

el estructuralismo francés de los 60, con su profundo desdén por los procesos históricos y su marcada preferencia por el estudio sincrónico de los artefactos simbólicos.

Una primera muestra de ese giro hacia lo histórico en los estudios literarios latinoamericanos de los ochenta se puede apreciar en el último libro preparado por Rama antes de su prematura muerte en un accidente aéreo de fatales consecuencias para nuestra cultura: *La ciudad letrada* (publicado póstumamente en 1984). No cabe ahora detenerse en los múltiples aportes de ese muy comentado trabajo. Basta recordar que implica un amplio recorrido temporal desde la ciudad ordenada colonial hasta la ciudad revolucionada del siglo XX.

El caso en el que me quiero detener un poco más es el del conocido texto de Cornejo Polar “Literatura peruana: totalidad contradictoria”.² Ese trabajo puede verse como una prolongación y culminación de sus reflexiones teóricas de los setenta: el examen de las literaturas heterogéneas había puesto en evidencia que la literatura peruana (o la latinoamericana) no estaba conformada por un único sistema literario, tal como sostenía la historiografía literaria tradicional, empeñada en subrayar la unicidad de las tradiciones literarias nacionales, expresión “natural” de sociedades supuestamente signadas por la homogeneidad, al modo del historicismo decimonónico. Cornejo no se limitó sin embargo a señalar la coexistencia de una pluralidad de sistemas literarios: apuntó también que ellos se articulaban en una totalidad, que inicialmente calificó como concreta y finalmente como contradictoria. Una primera impresión podría llevar a una lectura en cierto modo “estructuralista” de esa propuesta: la literatura peruana como un todo cuyas partes (o componentes estructurales) eran los diversos sistemas literarios, enfocados desde una perspectiva sincrónica. Pero Cornejo toma un sesgo muy distinto, al recalcar el carácter dinámico de esa totalidad (de allí seguramente su recurso a la idea de lo contradictorio, del conflicto como un despliegue procesal): para Cornejo, la totalidad se configura únicamente en y por medio de la historia, pues los diversos sistemas literarios, a pesar de sus distintas configuraciones y temporalidades, se insertan en un devenir histórico común.

Ese énfasis en la dimensión histórica se corrobora al hacer un seguimiento, incluso algo sucinto, de su producción posterior. Cabe recordar los títulos de algunos de sus siguientes trabajos: “Los sistemas literarios como categorías históricas. Elementos para una discusión hispanoamericana” (1988), “Sistemas y sujetos en la historia literaria latinoamericana. Algunas hipótesis” (1989) y

² Hay que recordar como antecedente importante un trabajo previo de título revelador, “Unidad, pluralidad, totalidad: el *corpus* de la literatura latinoamericana”, recogido en *Sobre literatura y crítica literaria latinoamericanas* (1982: 43-50).

por supuesto su libro de más decidida vocación historiográfica, *La formación de la tradición literaria en el Perú* (1989). Por cierto, su último libro, *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas* (1994), si bien no es propiamente una obra de historia literaria, asume una clara perspectiva diacrónica, con calas críticas que van desde las versiones discursivas del encuentro fundacional de Cajamarca entre el conquistador Pizarro y el Inca Atahualpa, pasando por la obra del Inca Garcilaso, de Ricardo Palma, de Clorinda Matto de Turner, para rematar en el siglo XX con las obras de José María Arguedas o César Vallejo.

Los casos de Rama y Cornejo son apenas dos ejemplos de este renovado interés por la historia. No sorprenderá entonces que el mismo conjunto de estudiosos que debatió las posibilidades y alcances de una teoría literaria latinoamericana se abocara luego a la tarea de construir de manera colectiva una nueva historia de la literatura latinoamericana. Cabe mencionar dos proyectos que se diseñaron hacia principios de la década de los ochenta. Uno de ellos quedó trunco, debido a la muerte de su principal impulsor, Alejandro Losada (en otro deplorable accidente aéreo). Con un conjunto de estudiosos europeos agrupados en la Asociación de Estudios Literarios y Sociedades de América Latina, se proponía elaborar una historia social de las literaturas latinoamericanas. Para ello había desarrollado un conjunto de reflexiones preliminares y se publicó una serie de colaboraciones parciales de los distintos participantes (Losada, 1983), pero después de su prematura desaparición el proyecto no tuvo continuidad. El otro es el coordinado por Ana Pizarro, preparado en sendas reuniones en Caracas (1982) y Campinas (1983), con la participación de especialistas tales como Antônio Cândido, Antonio Cornejo Polar, Jean Franco, Rafael Gutiérrez Girardot, Jacques Leenhardt, Domingo Miliani, Ángel Rama, Beatriz Sarlo o Roberto Schwarz, entre otros (Pizarro, 1985), y que, después de muchas peripecias, culminó algo tardíamente entre 1993 y 1995 con la publicación de los tres volúmenes de *América Latina. Palavra, Literatura e cultura*, siempre bajo la coordinación de Ana Pizarro.

Fue este último el esfuerzo más relevante, pues supuso una muy profunda discusión previa, que permitió arribar a algunos consensos. El producto publicado evidenció algunas limitaciones, pues en buena medida los numerosos estudios reunidos funcionan más como trabajos independientes, de calidad variable, sin alcanzar plenamente el propósito de construir una visión integral del proceso de la literatura latinoamericana. Pero revela también algunos méritos no desdeñables. Intenta abarcar toda una gran área cultural, América Latina y el Caribe; hay una fuerte presencia de estudios sobre el Brasil (aunque funcionando casi en contrapunto con Hispanoamérica, y no siempre evidenciando claramente cómo ambos componentes se insertan en un mismo devenir); hay una

presencia del Caribe anglófono y francófono (aunque limitada) e igualmente de la literatura latina (más específicamente chicana) en Estados Unidos y por supuesto, se aborda el estudio de los otros sistemas literarios, la producción en lenguas indígenas y las literaturas populares orales y escritas (aunque no con la organicidad deseable), dejando de lado visiones reduccionistas y homogeneizantes de nuestros procesos literarios. Pero sobre todo vale destacar que es un esfuerzo pensado y desarrollado fundamentalmente *desde* la propia América Latina, entendida no en el sentido geográfico, sino como *locus* de la enunciación historiográfica: el proyecto lleva por ello las huellas de las problemáticas y las líneas de reflexión maduras en el ámbito regional. Quizá esto mismo incidió en sus límites, que son los de la precariedad propia de las instituciones académicas latinoamericanas, en contraste con otros proyectos impulsados desde los espacios académicos del primer mundo, apoyados en instituciones más consolidadas y con mayores recursos, que quizá lograron cumplir más cabalmente sus objetivos, aunque en muchos aspectos marcados por los sesgos de las agendas académicas metropolitanas. Un proyecto que se puede ver como complementario a este es el *Diccionario Enciclopédico de las Letras de América Latina*, elaborado entre 1988 y 1993, bajo la dirección general de José Ramón Medina y con Nelson Osorio Tejada como coordinador académico; organizado y editado desde Venezuela, en sus casi 5200 páginas contó con la colaboración de cerca de 500 estudiosos (basados mayoritariamente en la propia América Latina), e incluye entradas sobre autores, obras, grupos y movimientos de Hispanoamérica, del Brasil y del Caribe no hispánico, además de manifestaciones en lenguas indígenas.

Con diversos enfoques y propuestas, se publican a partir de esa década del ochenta del siglo XX una serie de historias de nuestras literaturas. Se puede partir de la última entrada, incluida por Beatriz González Stephan en la tabla cronológica de las historias de la literatura latinoamericana con que concluye su *Contribución al estudio de la historiografía literaria hispanoamericana* (1985: 202-214), la *Historia de la literatura hispanoamericana* (1982-1987) coordinada por Luis Iñigo Madrigal, y que quedó trunca luego del segundo volumen (justamente dedicado al siglo XIX), ciertamente a causa de las deficiencias presentadas por este último, pues en varios de sus estudios se seguía recurriendo al manido esquema “vida y obra”. Cedomil Goić, siguiendo el modelo de Francisco Rico para la literatura española, editó *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana* (3 tomos, 1988-1991); aunque lastrada por la rígida aplicación de un esquema generacional (incluso en la época colonial, en que las fechas vitales de los autores son tantas veces inciertas), aporta una selección de trabajos críticos relevantes sobre autores, obras y corrientes (aunque, como a toda selección —en este caso debida únicamente a Goić— se le pueden poner reparos a exclusiones o inclusiones). Una tercera historia, que comparte

con las dos anteriores el restringirse al ámbito hispánico, es la coordinada por Felipe B. Pedraza Jiménez, *Manual de literatura hispanoamericana* (7 tomos, 1991-2016), característico producto de los medios académicos peninsulares. Como una excepción frente a la opción prevalente por trabajos historiográficos que conjugan aportes de numerosos especialistas, hay que mencionar la *Historia de la literatura hispanoamericana* (4 tomos, 1995-2001), fruto del esfuerzo individual de José Miguel Oviedo, de orientación más bien divulgativa.

Por último, cabe hacer referencia a dos historias publicadas en inglés, surgidas desde lugares de enunciación investidos de la más alta autoridad epistémica, los ámbitos académicos norteamericanos, publicadas por las editoriales de dos universidades del más encumbrado prestigio, Cambridge y Oxford, fruto ambas del trabajo de amplios equipos de especialistas. Bajo la dirección de Roberto González Echevarría y Enrique Pupo-Walker, *The Cambridge History of Latin American Literature* (3 volúmenes, 1996) es más precisamente una historia de la literatura iberoamericana, pues se restringe a Hispanoamérica y el Brasil, y en la práctica además trata a estas dos literaturas de forma separada, la primera en los dos tomos iniciales y la segunda en el tomo final, sin buscar articularlas como parte de un proceso común, o siquiera intentando explorar los vasos comunicantes entre ellas. Más allá de los méritos indudables de muchos de los estudios allí reunidos, esta historia evidencia enfoques bastante tradicionales: se restringe a los ámbitos canónicos de lo literario, con apenas mínimas alusiones a las literaturas en lenguas indígenas o a las literaturas populares, así como deja casi totalmente de lado los aspectos institucionales y las inserciones sociales de la producción literaria latinoamericana; tal vez el único aspecto novedoso es la inclusión (por otra parte casi ineludible, dado el lugar de edición del que procede y el público objetivo al que apunta) de la producción literaria de los grupos latinos en Estados Unidos.

Literary Cultures of Latin America: a Comparative History (2004, 3 tomos), bajo la dirección de Mario J. Valdés y Djelal Kadir,³ representa sin duda un aporte notoriamente más innovador. Como lo recalca el propio título, pretende no ser una mera historia de la literatura (de los textos, de la serie literaria en términos de Tinianov), sino un estudio de las culturas literarias latinoamericanas, lo que supone una atención a las instancias que configuran los sistemas literarios (productores, lectores, instituciones) y a la inscripción en sus contextos sociales y culturales, en un provechoso diálogo con los estudios culturales (en el sentido amplio del término). Es notorio un desplazamiento del canon

³ Uno de los directores, Mario J. Valdés, había participado en la primera reunión (Caracas, 1982) del grupo coordinado por Ana Pizarro, pero luego se distanció, debido al parecer a que se dejó de lado el componente comparatista inicialmente contemplado, y que aparece incluido en el título de este nuevo proyecto.

al *corpus* (para usar la terminología de Mignolo, en la década de los 70 se hablaba de una ampliación del *corpus*): se concede sostenida atención a las literaturas orales y populares, a las enunciadas en lenguas indígenas (campo en el que se pudo profundizar un poco más), a la incidencia de la cultura de masas (con contribuciones de, entre otros, Carlos Monsiváis o Jesús Martín Barbero), y por cierto a la producción de los latinos en Estados Unidos, así como en general a la diáspora latinoamericana. Pero además se presta atención a voces frecuentemente soslayadas: se aborda así la literatura escrita por mujeres, la discursividad homoerótica, o la vertiente afrolatina. Hay un esfuerzo por incorporar en el equipo a especialistas basados en la propia América Latina, un tanto limitado en verdad, salvo en el caso brasileño,⁴ pero que cabe reconocer. Una limitación es la ausencia del Caribe no hispánico. Otra, más importante, podría ser el resultado de un exceso de entusiasmo: el afán por abordar de manera integral los procesos literarios, las diversas instancias de los sistemas o campos literarios, así como la apertura a la heterogeneidad del *corpus* discursivo-textual, ha llevado a un parcial descuido de la serie textual y a una disolución del canon en el *corpus*. A mi criterio, el desplazamiento del canon al *corpus* no debe implicar un abandono de la literatura tradicionalmente canónica, sino una reinscripción del canon en el *corpus*, una interacción dinámica entre los estratos canonizados y no canonizados del *corpus*. En conclusión, considero que tanto en este trabajo, como también en el coordinado por Ana Pizarro⁵ (quizá sobre todo en las discusiones preliminares a su elaboración) se encuentran los aportes de mayor valía para avanzar en el esfuerzo colectivo de renovación de la historia literaria.

También en el área de las historias literarias nacionales (o regionales) se aprecian síntomas de cambio en las orientaciones historiográficas. Aunque no es posible aquí examinar un campo tan amplio, resulta pertinente hacer breve referencia al menos a algunas contribuciones, todas ellas de carácter colectivo. En el ámbito nacional, la *Historia crítica de la literatura argentina*, editada por Noé Jitrik (1999, 12 tomos; es el único proyecto ya completado); *Historia de la literatura mexicana: desde sus orígenes hasta nuestros días* (se han publicado hasta ahora 3 tomos —1996-2011— que abarcan desde los tiempos prehispánicos hasta el siglo XVIII); en el caso peruano, recientemente se ha iniciado la publicación de la *Historia de las literaturas en el Perú*, bajo la

⁴ Indudablemente, esto tiene que ver en parte con la especial solidez institucional de las universidades brasileñas, y en parte con la relativamente menor presencia de especialistas en literatura brasileña en la academia norteamericana (la enseñanza del portugués no ha tenido por cierto una expansión comparable a la del español).

⁵ Es el único que intenta abordar la región en su integridad, siguiendo las pautas oficiales establecidas por la UNESCO: América Latina y el Caribe (incluyendo por cierto el no hispánico).

dirección general de Raquel Chang-Rodríguez y Marcel Velázquez.⁶ A nivel subregional, se debe mencionar *Hacia una historia de las literaturas centro-americanas* (van publicados 3 tomos, 2008-2012).⁷

El rápido examen de los recientes desarrollos de la historiografía literaria latinoamericana nos permite desprender algunas conclusiones que podrán orientar necesarios esfuerzos posteriores. Una primera, la más obvia, es que la tarea de elaborar historias literarias latinoamericanas, o incluso nacionales, supone esfuerzos colectivos. Ha quedado definitivamente atrás el tiempo de esas vastas historias literarias surgidas del esfuerzo individual, como la de Ricardo Rojas en la Argentina o la de Luis Alberto Sánchez en el Perú. Los niveles de especialización actuales y los ingentes materiales acumulados requieren que todo esfuerzo riguroso implique el trabajo de un equipo de investigadores. La segunda es asumir como objeto (área) de estudio a América Latina con todo el Caribe incluido; no hay que renunciar a ese horizonte so pretexto de la diversidad lingüística que añade el Caribe no hispánico (francés, inglés, neerlandés, papiamento, así como varios créoles): poca cosa en comparación con la enorme variedad de lenguas indígenas que se hablan por todo el continente. La tercera supone asumir la pluralidad de sistemas que conforman nuestras literaturas y estudiarlas como totalidades complejas, contradictorias, articuladas en un curso histórico común. Ello implica tomar muy en cuenta la diversidad de dinámicas, y sobre todo las distintas temporalidades propias de cada sistema, sin buscar una imposible uniformidad de ritmos (en una especie de retorno de la reprimida homogeneidad). La cuarta implica asumir que la serie literaria no puede ser estudiada como una entidad autárquica, sino que debe ser examinada en interrelación con sus contextos sociales y culturales. Finalmente, una quinta supone entender que el objeto de estudio de la historia literaria (en general, de la ciencia de la literatura) no es solamente la serie textual, sino el conjunto de instancias y sujetos que configuran los diversos sistemas literarios (el eje texto-contexto).⁸

⁶ Se han publicado en el 2017 los dos primeros tomos: *Literaturas orales y primeros textos coloniales*, coordinado por Juan C. Godenzi y Carlos Garatea, y *Literatura y cultura en el Virreinato del Perú: apropiación y diferencia*, coordinado por Raquel Chang-Rodríguez y Carlos García-Bedoya.

⁷ Siguiendo con la tendencia, acaba de aparecer una primera entrega de otro proyecto colectivo, la *Historia crítica de la literatura chilena*, bajo la coordinación de Grinor Rojo y Carol Arcos. El volumen I, coordinado por Stefanie Massmann, está dedicado a *La era colonial*.

⁸ Esto ya lo había apuntado tempranamente António Cândido: en la introducción a su importante libro *Formação da literatura brasileira; momentos decisivos*, establece una diferencia esencial entre manifestaciones literarias aisladas y un sistema literario orgánico, que involucra no sólo textos, sino también autores, público, etc., siguiendo un modelo semejante al clásico esquema de la comunicación elaborado por Jakobson. Sin duda ese libro representa un fundamental antecedente de los esfuerzos de renovación de la historia literaria latinoamericana.

2. DESDE LA TEORÍA: ALGUNOS APORTES PARA LA RENOVACIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA LITERARIA LATINOAMERICANA

Para enriquecer nuestra historiografía literaria, es preciso sacar provecho de algunos aportes teóricos internacionales de especial relevancia. Voy a abordar concisamente aquellos que juzgo más productivos, buscando rescatar algunas de sus contribuciones, desde una lectura personal. Un punto de partida es el conocido estudio de Tinianov, “Sobre la evolución literaria”. En ese trabajo seminal, el autor centra su atención en la serie literaria, es decir, en los textos y los códigos que los rigen (géneros, corrientes, procedimientos); entiende la evolución literaria como una sustitución de sistemas (tanto las obras como las series textuales configuran sistemas). Si bien, en una primera mirada, parece limitarse a una visión histórica intraserial (la serie literaria aislada de las demás, vista como autónoma), apunta una segunda dimensión (lamentablemente la deja apenas esbozada), que atañe a la interrelación entre la serie literaria y las otras series sociales (comenzando por las más próximas —las artísticas y culturales— y luego avanzando a las más distantes). Este planteamiento abre la puerta a una segunda dimensión de la historia literaria, la dinámica interserial, la articulación de la serie literaria con las otras dimensiones de la práctica humana (la serie literaria vista como heterónoma). Una historia integral de la literatura debería conjugar pues la evolución intraserial (autonomía) y la dinámica interserial (heteronomía).

La teoría de los polisistemas de Itamar Even Zohar⁹ tiene justamente como punto de arranque las ideas de Tinianov y en general lo que denomina la segunda fase del formalismo ruso (que supera el inmanentismo de la etapa inicial). El investigador israelí distingue una teoría de sistemas estáticos, que procedería de Saussure y del primer formalismo ruso, que deja de lado la perspectiva diacrónica, y una teoría de sistemas dinámicos, que procedería del segundo formalismo ruso (trabajos de finales de la década de 1920 de Tinianov y Eijenbaum) y de sus continuadores, los estructuralistas checos (Mukarovsky *et al.*). Afirma el autor:

if the idea of structuredness and systematicity needs no longer be identified with homogeneity, a semiotic system can be conceived of as a heterogeneous, open structure. It is, therefore, very rarely a uni-system but is, necessarily, a polysystem: a multiple system, a system of various systems which intersect with each other and partly overlap, using concurrently different options, yet functioning as one structured whole, whose members are interdependent.¹⁰

⁹ Ver sus “Polysystem Studies”, en especial el artículo inicial “Polysystem Theory”.

¹⁰ “Si la idea de estructuración y sistematicidad no requiere ya identificarse con la homogeneidad, un sistema semiótico puede ser concebido como una estructura heterogénea y abierta. Es,

Esa noción de polisistema, sistema de varios sistemas que funciona como un todo único, no deja de evocar la noción de totalidad contradictoria de Cornejo Polar. Casi paralelamente,¹¹ partiendo de otros enfoques teóricos, Cornejo arriba a conclusiones similares: un todo conformado por varios sistemas; nótese también la insistencia del israelí en el carácter heterogéneo de los sistemas. Añade Even Zohar que “[the] acuteness of heterogeneity in culture is perhaps more ‘palpable’, as it were, in such cases as when a certain society is bi- or multilingual”:¹² sociedades multilingües como el Perú (con el quechua, el aimara y numerosas lenguas amazónicas) o Israel. Sin duda, Even Zohar diseña su teoría pensando inicialmente en el caso de su país; la literatura israelí, sobre todo en la etapa fundacional de ese Estado, era claramente plurilingüe: incluía textos en yiddish, en un hebreo moderno apenas resurgente, y también en otras lenguas empleadas por la diáspora judía, lo que lo llevó además a destacar la importancia de la literatura traducida, que para él configura un sistema literario distinto. Otra conclusión relevante es que el estudio de la historia literaria no puede restringirse a las obras maestras (o canónicas), sino que debe incluir sistemas marginales y subalternos (una ampliación del *corpus*, en términos de Cornejo Polar). Un polisistema literario incluye tanto estratos canonizados como no-canonizados. La precisión terminológica es pertinente: determinadas obras no acceden a un estatuto canónico debido a propiedades intrínsecas de su estructura, sino que acceden a esa condición mediante un proceso de canonicación. Por tanto, lo apropiado será hablar no de obras o sistemas literarios canónicos, sino canonizados. Aunque por cierto hay muchos más aportes en la teoría de los polisistemas, me limitaré a estas consideraciones preliminares, no sin añadir un último aspecto: en otro trabajo incluido en el mismo volumen (“The ‘Literary System’”), Even Zohar apunta que la noción de sistema que emplea, cuya paternidad atribuye a Eijzenbaum, resulta muy próxima a la de campo literario, desarrollada por Bourdieu: “literature as an aggregate of activities, which in terms of systemic relations behaves as a whole”.¹³

entonces, muy raramente un unisistema, sino que es, necesariamente, un polisistema: un sistema múltiple, un sistema de varios sistemas que se intersectan y se superponen parcialmente, usando simultáneamente distintas opciones y funcionando sin embargo como un todo estructurado cuyos elementos son interdependientes” (1990: 11; la traducción es mía).

¹¹ La primera versión de la teoría de Even Zohar se publicó en 1979; en trabajos de 1980 y 1981, el crítico peruano difunde sus primeras propuestas sobre la noción de totalidad.

¹² “La intensidad de la heterogeneidad en la cultura es quizá más ‘palpable’, por decirlo así, en casos en que una determinada sociedad es bilingüe o multilingüe” (1990: 12; la traducción es mía).

¹³ “La literatura como una sumatoria de actividades que, en términos de relaciones sistémicas, funciona como un todo” (1990: 30; la traducción es mía).

Antes de abordar la propuesta de Bourdieu, una breve referencia a los planteamientos de Clément Moisan (1987). Este historiador de la literatura canadiense (*québécoise* más precisamente) propone un modelo historiográfico basado en la teoría de los sistemas y de los polisistemas. Entre otras conclusiones, arriba a una similar a la que ya se indicó en relación con Tinianov: la historia literaria debe conjugar dos dimensiones, a las que denomina vida textual (el sistema de las obras, lo que designamos como evolución literaria, desde una perspectiva autónoma) y vida antro-po-social (el sistema institucional, o sea el de la dinámica literaria, desde una mirada heterónoma). Para enriquecer este modelo, Moisan incorpora las propuestas de la teoría de la recepción, en particular de Jauss. Y por cierto concluye que tal modelo de historia literaria solo puede ser desarrollado por un equipo de investigadores que comparta criterios básicos de orden teórico y metodológico.

A pesar de sus notorios cuestionamientos a la teoría de los sistemas (y de los polisistemas), la noción de campo literario propuesta por el sociólogo francés Pierre Bourdieu¹⁴ presenta claras analogías con las categorías de polisistema y de totalidad contradictoria. El término puede correlacionarse metafóricamente con un campo magnético: es un campo de fuerzas en el que los participantes ocupan determinadas posiciones, y un campo de luchas para transformar esos posicionamientos. Una idea clave es la de la autonomía del campo: “Ese espacio relativamente autónomo es, en efecto, la *mediación específica*, casi siempre olvidada por la historia social y la sociología del arte, a través de la cual se ejercen sobre la producción cultural las determinaciones externas” (1989-1990: 2; énfasis de Bourdieu). Esa autonomía (relativa) implica literalmente (*auto nomos*) que el campo se rige por normas que le son propias y que le permiten resistir a las fuerzas heterónomas de la política y de la economía (el mercado). El arma de combate en el campo literario es el capital simbólico, que se obtiene mediante la consagración otorgada por distintas instituciones y agentes del propio campo (críticos, editores, periodistas culturales, escritores prestigiosos, academias, premios, etc.): así, un escritor puede disponer de un gran capital simbólico, que le otorga una posición de prestigio en el campo, pero de escaso capital económico (debido a su limitado éxito en el mercado). La “relatividad” de la autonomía varía mucho según las sociedades; evidentemente, en una sociedad como la francesa, con su poderosa tradición letrada, ésta es muy grande en comparación con la precaria autonomía del campo literario en las sociedades latinoamericanas. Por cierto, esta idea del campo es propia del ámbito de la ciudad letrada y no resulta

¹⁴ Véase su libro *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Una presentación breve de sus planteamientos en el artículo “El campo literario. Prerrequisitos críticos y principios de método”.

de utilidad en el terreno de los sistemas literarios orales. Concluyo citando una afirmación que resulta convergente con lo propuesto desde los enfoques anteriormente examinados: “La ciencia de la obra de arte tiene como objeto principal *la relación entre dos estructuras*, la estructura del espacio de las relaciones objetivas entre las posiciones (o sus ocupantes) responsables de la producción de las obras y la estructura del espacio de las tomas de posición, es decir de las obras mismas” (1989-1990: 14; énfasis de Bourdieu), esto es, la correlación entre inserciones institucionales, por un lado, y serie textual, por el otro.

Por último, como lo apuntaba Moisan, es clave el aporte de la teoría de la recepción de Jauss. Coincide también Jauss en señalar las dos facetas indisolubles del proceso histórico literario: “comprendre l’oeuvre d’art dans son histoire, c’est-à-dire à l’intérieur d’une histoire littéraire définie comme ‘succession de systèmes’, cela ne signifie pas encore la saisir dans l’histoire, selon l’horizon historique de sa naissance, dans sa fonction sociale et dans l’action qu’elle a exercée dans l’histoire”.¹⁵ Como es conocido, Jauss incorpora al lector como instancia clave en la historia literaria; afirma que la historicidad de la literatura descansa en gran medida en la experiencia de la obra por los lectores y que la obra no es un objeto siempre idéntico a sí mismo, sino que supone una relación dialógica con el receptor. De allí la importancia que otorga a la necesidad de reconstituir el horizonte de expectativas desde el que es recepcionada la obra (la experiencia y hábitos literarios del público, los modelos literarios y culturales vigentes en ese momento). La comprensión histórica de una obra resulta de la fusión (yo diría más bien del diálogo) entre el horizonte de producción de la obra (el pasado) con el horizonte de recepción (el presente). Finalmente, afirma que, para superar el desencuentro entre literatura e historia, hay que prestar atención no sólo a la función mimética de la literatura, sino detectar también la función de creación social (de valores, de imaginarios, de mentalidades, de utopías) que cumple lo literario.

Como resumen de este somero repaso a algunas propuestas teóricas, cabe destacar la coincidencia en entender el proceso histórico literario como correlación entre evolución intraserial y dinámica interserial. Para ello, resultarán de gran utilidad nociones como polisistema (y sistema) literario, campo literario y horizonte de expectativas.

¹⁵ “Comprender la obra de arte en *su historia*, es decir, al interior de una historia literaria definida como ‘sucesión de sistemas’, no significa aún captarla en *la historia*, según el horizonte histórico de su nacimiento, en su función social y en la acción que ella ejerció en la historia” (1978: 43; la traducción es mía; los énfasis son del propio Jauss).

3. HACIA UNA PERIODIZACIÓN DE LA LITERATURA LATINOAMERICANA DEL SIGLO XIX

La problemática de la periodización es compleja y ha dado lugar a contrapuestos enfoques. No es del caso abordarla aquí.¹⁶ Resulta bastante claro que un modelo periodológico para la literatura latinoamericana del siglo XIX no puede establecerse exclusivamente a partir de la serie literaria, con base en la sucesión o pugna entre corrientes (o secuencias) literarias. Puesto que entiendo a la literatura de América Latina como una totalidad contradictoria (un polisistema), configurada por varios sistemas literarios con distintos ritmos temporales, resulta evidente que la unidad de sus diversas dinámicas sólo se puede captar mediante su inscripción en el curso general de la historia. El desafío se torna más complejo si a la heterogeneidad de los sistemas literarios y sus ritmos, añadimos la heterogeneidad de los procesos políticos, económicos, sociales y culturales de nuestros diversos países. Sin embargo, a pesar de las particularidades nacionales, se pueden advertir algunos ejes comunes que articulan el devenir de nuestras sociedades.¹⁷

Cabe por tanto establecer cortes periodológicos en el proceso literario latinoamericano atendiendo a criterios socio-culturales. Se puede tomar como base la idea de un “largo siglo XIX” que propone Hobsbawm para el caso europeo (1997; 1998; 2007). El largo siglo XIX latinoamericano se extendería desde fines del siglo XVIII hasta principios del siglo XX.¹⁸ Establecer fechas que delimiten las fronteras de los periodos da inevitablemente lugar a naturales discrepancias. Hay que tomar por ello las fechas simplemente como hitos referenciales para realizar cortes metodológicamente necesarios. Tulio Halperin Donghi organiza su propuesta historiográfica para el siglo XIX en los siguientes apartados: la crisis de la independencia (de 1810 —o 1808— a 1825); una etapa de 1825 a 1850 a la que denomina “la larga espera”, los caóticos años iniciales de los nuevos Estados; luego viene una etapa de surgimiento del orden neocolonial (1850-1880), en la que las economías latinoamericanas comienzan a insertarse en nuevas condiciones en el mercado internacional, configurando un nuevo pacto al que denomina neocolonial, en contraste con el

¹⁶ He examinado esta problemática en mi libro *Para una periodización de la literatura peruana*.

¹⁷ Una sugerente visión panorámica del proceso histórico latinoamericano es la que brinda Halperin en su *Historia contemporánea de América Latina*.

¹⁸ Esa es también la opción que toma Raimundo Lazo en el volumen II, *El siglo XIX (1780-1914)* de su *Historia de la literatura hispanoamericana*, trabajo por otra parte cuestionable, pues está organizado por países y no logra brindar una visión de conjunto.

antiguo modelo de inserción, el pacto colonial; entre 1880 y 1930 se alcanza la madurez del orden neocolonial.

En el largo siglo XIX latinoamericano me parece más oportuno distinguir tres periodos, tal como lo hace Nelson Osorio en su breve, pero enjundioso libro *Las letras hispanoamericanas en el siglo XIX*. El primer periodo, “Las letras de la emancipación”, va de 1791 a 1830; el segundo, “La organización de los Estados nacionales”, abarca de 1831 a 1880, y el tercero, “La modernización dependiente”, de 1881 a 1910. Estoy en general bastante de acuerdo con este planteamiento, aunque buscaré hacerle algunos ajustes. La fecha *a quo* escogida por Osorio, 1791, parece responder al surgimiento de una conciencia emancipatoria criolla expresada en la publicación en ese año de la *Carta a los españoles americanos*, del jesuita expulso peruano Juan Pablo Viscardo y Guzmán y, por otra parte, al estallido en ese mismo año de la rebelión de los esclavos que desembocará en la independencia de Haití. A mi criterio, este primer periodo va de la crisis del orden colonial al establecimiento de los nuevos Estados independientes. Señalar un punto de arranque de la crisis del orden colonial es altamente controversial. Hay cierto consenso en la historiografía para destacar como un factor clave en el desencadenamiento de dicha crisis a las reformas borbónicas de fines del XVIII, pero tales reformas no se materializaron de golpe, ni se desarrollaron al mismo ritmo en las diversas áreas de la región. Una fecha de inicio (término *a quo*) podría ser 1767, fecha de la expulsión de los jesuitas, que se produjo en simultáneo en todas las posesiones españolas (aunque unos pocos años antes en los imperios de Portugal y Francia). Otra opción (por la que me inclino) es tomar como año inicial 1780 (coincidiendo en esto con Lazo), fecha en torno a la cual se producen grandes convulsiones sociales que evidencian los problemas del sistema colonial (sobre todo del español): la gran rebelión iniciada en 1780 bajo el liderazgo de Tupac Amaru en el sur peruano, que se expande hacia el Alto Perú (Bolivia actual), seguida en 1781 en la Nueva Granada (actual Colombia) por la rebelión de los Comuneros.¹⁹ Ya en la órbita de la revolución francesa, se produce en Brasil la Inconfidencia Minera (1789), y estalla en Haití en 1791 la rebelión que culminará con la primera independencia de un país latinoamericano en 1804. A partir de 1809-1810 comienza la lucha emancipatoria en los países hispanoamericanos. Como término *ad quem* del periodo se podría tomar la batalla de Ayacucho (1824), la victoria decisiva contra el colonialismo español,²⁰ o 1826, cuando se rinde en el Callao el último foco de la resistencia realista, o

¹⁹ Aunque no hay ninguna relación directa, cabe recordar que por esos años estaba ya en curso la guerra de independencia de los Estados Unidos.

²⁰ La independencia de Brasil se consiguió de modo mucho más pacífico en 1822.

1830, año de la muerte de Bolívar y del estallido de la Gran Colombia, opción esta última que me parece la más idónea (coincidiendo con Osorio). El periodo de crisis del orden colonial y fundación de los estados independientes puede fecharse entonces de 1780 a 1830.

En cuanto al periodo siguiente, asumo plenamente el planteamiento de Osorio: el periodo de organización de los Estados nacionales abarca entonces de 1830 a 1880. Con un cambio parcial en la denominación, coincido también en la propuesta para el tercer periodo: entre 1880 y 1910 se desarrolla el periodo de las repúblicas oligárquicas y la modernización dependiente (Osorio lo designa simplemente como la modernización dependiente). En cuanto a considerar a éste como un periodo de modernización, hay amplio consenso; considero conveniente resaltar también que este es el periodo de apogeo de las repúblicas oligárquicas, bajo la hegemonía de élites criollas que excluyen a las mayorías populares, en un marco de democracia restringida (o a veces abiertamente dictatorial). El ejemplo paradigmático, lo apunta Halperin, sería el prolongado régimen de Porfirio Díaz en México (1876-1910); se puede destacar también en Colombia los años de la Regeneración y la hegemonía conservadora (1886-1930); la *República Velha* en Brasil iniciada en 1889 con la caída del Imperio y concluida con la ascensión al poder de Getúlio Vargas en 1930; en Argentina, la República Conservadora (1880-1916) o en el Perú, el régimen de lo que el historiador Jorge Basadre denominara la República Aristocrática (1895-1919); en versión dictatorial, la Venezuela de Juan Vicente Gómez (1908-1935) o la Guatemala de Manuel Estrada Cabrera, el Señor Presidente (1898-1920). Como se aprecia, las fechas en que terminan estos regímenes van desde 1910 (México) hasta 1935 (Venezuela). Halperin Donghi denomina a esta etapa como la de madurez del orden neocolonial (1880-1930); escoge como fecha *ad quem* 1930, porque en ese año se hacen sentir en todos los países latinoamericanos las graves consecuencias del *crack* económico de 1929, señalando el fin de un ciclo y el inicio de uno nuevo. Pero si bien es cierto que hacia 1930 puede marcarse en muchos países el final de una época, parece más pertinente tomar como fecha de referencia (término *ad quem*) 1910, el año de inicio de la revolución mexicana, proceso cuya importancia e impacto en toda la región significa para ésta un quiebre decisivo.

Con base en esta periodización, trataré de mostrar, a partir del caso peruano, la heterogeneidad de los procesos literarios (o discursivos, en una acepción más amplia), la coexistencia de varios sistemas literarios y, hacia fines de siglo XIX y principios del XX, la configuración de un campo literario relativamente autónomo.

4. CALAS EN LA HETEROGENEIDAD LITERARIA PERUANA DEL SIGLO XIX

4.1. El periodo de crisis del orden colonial y de fundación del Estado peruano

En las últimas décadas del siglo XVIII, el Virreinato del Perú vive momentos de honda crisis. La gran rebelión liderada por Tupac Amaru es sólo el síntoma más evidente de tal situación. Tras la derrota de la aristocracia indígena colonial, serán ante todo las élites criollas quienes canalizarán el creciente descontento. Por su parte, el propio estado español, bajo la dirección de la nueva dinastía de los Borbones, percibe la ineficiencia de las vetustas instituciones virreinales y su incapacidad para adaptarse a los nuevos tiempos del Siglo de las Luces. El denominado Reformismo borbónico es un esfuerzo de la corona española por mejorar la administración de su vasto imperio y aprovechar las riquezas de sus colonias para impulsar la modernización de la propia metrópoli. Tales empeños afectarán poderosos intereses criollos en el Virreinato del Perú y atizarán el descontento ya latente en esos sectores.

Las ideas de la Ilustración no sólo contribuyeron a la toma de conciencia del sector criollo, también produjeron obras que plantean la modernización del Perú y las demás posesiones españolas de América desde la perspectiva de los intereses de la propia metrópoli peninsular: se trata pues de textos que se inscriben dentro de los proyectos del reformismo borbónico. Obras escritas por españoles establecidos en América plantean una visión muy crítica de los sectores criollos e indígenas del Perú, reafirmando una serie de prejuicios profundamente arraigados. Cabe recordar *Lima por dentro y fuera*, poema satírico antilimeño y anticriollo escrito por el español Esteban de Terralla y Landa (1798), y sobre todo *El lazareto de ciegos caminantes* (1776), del también español Alonso Carrió de la Vandra, obra que utiliza estrategias narrativas propias de la novela picaresca, pero que es en lo esencial un libro de viajes, que plantea una visión muy negativa de los criollos y aún más de los indígenas.

Por otra parte, las ideas renovadoras de la Ilustración europea logran amplia acogida en las descontentas élites criollas. Se fortalece una conciencia de identidad criolla diferenciada y se perfila la divergencia de intereses entre estos “españoles americanos” y los españoles peninsulares. Bajo los marcos conceptuales de la confianza ilustrada en la razón, traducidos en la literatura en los modelos del neoclasicismo, se afirma primero un afán de reforma del sistema colonial, y más tarde, en la coyuntura de crisis provocada por la invasión napoleónica a España, un afán de ruptura, de emancipación del imperio español. No es necesario ahora detenerse en esta vertiente: el discurso criollo es el sector más conocido del *corpus* textual de la época, con nombres tan

conocidos como los José Eusebio de Llano Zapata, Pablo de Olavide, Juan Pablo Viscardo y Guzmán, José Baquijano y Carrillo o Hipólito Unanue, y con su tribuna más importante, el *Mercurio Peruano* (1791-1794). Ya en los años de las luchas emancipatorias, destacan nombres como los del ideólogo y periodista José Faustino Sánchez Carrión, o los poetas Mariano Melgar y José Joaquín Olmedo.

Para aprehender mejor la heterogeneidad de la literatura de la época, incluso en el ámbito criollo, conviene tomar como punto de partida un estudio de Antonio Cornejo Polar, “Sobre la literatura de la emancipación en el Perú”, de 1981.²¹ Al examinar el *corpus* literario de este periodo, parte Cornejo de una constatación paradójica: la literatura de la emancipación (o al menos el segmento que tradicionalmente se identifica bajo tal rótulo unitario y homogeneizador, lo que lleva a Cornejo a denominarlo, usando comillas “literatura de la emancipación” para poner en evidencia tal opción empobrecedora) “se define por una contradicción evidente: el nuevo repertorio de temas y referentes, alusivo a la independencia y teñido de agresividad frente a España, se procesa literariamente con sumiso acatamiento a las normas estéticas peninsulares” (1982: 55), y añade: “no deja de ser contradictorio —y mucho— que un discurso que *dice* independencia se configure como un *acto* de dependencia” (57-58). Ello se debe a que tales manifestaciones literarias son la expresión del proyecto social liderado por las élites criollas.

Frente a esta “literatura de la emancipación” (con las comillas), surge una alternativa distinta, expresada en los yaravíes de Melgar. Esta modalidad poética, surgida de una matriz indígena y de la poesía tradicional, “sin contener ninguna alusión a los hechos o ideas de la independencia, realiza en el plano que específicamente les corresponde como obras literarias esa dimensión emancipadora que la ‘literatura de la emancipación’ proclama pero no cumple” (60-61). Cornejo vincula esa opción alternativa con las rebeliones de contenido social diferente al preconizado por las élites criollas, en especial aquellos movimientos con fuerte participación indígena y campesina, como fue el caso de la rebelión del Cuzco (1814-1815), en la que desempeñó un papel protagónico el curaca Pumacahua, y en la que participó y por la que murió Mariano Melgar. Así, se aprecia a la literatura de la emancipación, ya sin comillas, como una pluralidad conflictiva, que se puede aprehender desde la categoría de totalidad. El yaraví melgariano resulta así una expresión de las literaturas heterogéneas.

Incluso en la literatura criolla más característica, la presencia de lo andino tuvo algunos ecos. Es el caso de la presencia del personaje clave del Inca Huayna Capac en *La victoria de Junín* (1825), de José Joaquín de Olmedo. Es

²¹ Incluido en *Sobre literatura y crítica latinoamericanas* (1982: 53-65).

conocido que algunos patriotas rioplatenses eran denominados Tupa Amaros o Tupamaros, en alusión a la continuidad de su lucha con la del rebelde cuzqueño. Igualmente, se conoce que, entre los planes monárquicos de algunos patriotas, se consideró una simbólica restauración del imperio incaico, que quedó en mera elucubración.

En paralelo al discurso criollo, se desarrolló un discurso andino, con una ya amplia trayectoria en la época colonial.²² Esta producción discursiva transcultural, estrechamente ligada a la nobleza indígena colonial (los curacas) se expresó tanto en quechua como en castellano. Durante la rebelión de Tupac Amaru, proliferaron bandos y pasquines, ya a favor, ya en contra de la insurrección. En plena rebelión, se da a conocer la más importante obra del teatro quechua colonial, el *Ollantay*. Aunque plantean arduos debates filológicos, hacia esos años finales del orden colonial surgen seguramente las versiones escritas de dos importantes textos quechuas, la “elegía” *Apu Inca Atawallpaman* y la *Tragedia de la muerte de Atahualpa*. Estas obras, que tienen indudables raíces prehispánicas, son versiones letradas de la tradición oral popular mesiánica del mito de Inkarrí, del retorno del Inca justiciero. Se sabe con toda certeza que existían representaciones escénicas de la muerte del Inca en toda el área andina a lo largo del siglo XVIII; sin embargo, las versiones escritas sólo alcanzarán difusión (a diferencia del *Ollantay*) en el siglo XX.

Después de la derrota de la gran rebelión encabezada por Tupac Amaru, las élites indígenas vieron muy debilitada su posición y sus manifestaciones culturales fueron hostilizadas. Basta recordar la prohibición que recayó entonces sobre la lectura de los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso, considerada obra poco menos que subversiva, así como una política más sistemática de castellanización de la población indígena. Después de la independencia, ese sector social fue definitivamente eliminado por decreto de Bolívar: se cumplió así en la República la política de los Borbones. En este momento final, los últimos representantes de la aristocracia indígena en extinción nos legaron algunos textos significativos.

Luego del desenlace infausto de la sublevación encabezada por su hermano José Gabriel, Juan Bautista Tupac Amaru, hermano menor del caudillo andino, fue condenado junto con muchos parientes y dirigentes indígenas a un largo cautiverio. A diferencia de la mayoría de sus compañeros de prisión, logró sobrevivir y retornó a América en 1822, estableciéndose en Buenos Aires, donde publicó en 1824, a instancias del gobierno argentino, el libro que conocemos bajo el título de *Cuarenta años de cautiverio*. Narra en esta obra las terribles penalidades sufridas durante su prolongado encarcelamiento. Valiéndose de un

²² Véase mi libro *La literatura peruana en el periodo de estabilización colonial*.

lenguaje de marcado acento ilustrado, busca evidenciar la continuidad entre la lucha que encabezara su hermano y las que por entonces lideraba Bolívar contra el despotismo español.

Algunos últimos representantes de la nobleza andina tendrán un papel destacable en los primeros años de la república. Es el caso de José Domingo Choquehuanca, curaca de la región de Puno, recordado por la arenga (o pagnérgico) que dirigió en 1825 a Bolívar, entonces de paso hacia el Alto Perú. Un caso muy interesante es el de Justo Apu Sahuaraura, de estirpe Inca, autor de *Recuerdos de la monarquía peruana o bosquejo de la historia de los Incas* (1850); la tardía fecha de esta obra (inspirada en Garcilaso Inca) evidencia las distintas temporalidades propias de diferentes sistemas literarios: con Sahuaraura culmina, a mediados del XIX, una prolongada secuencia colonial de exaltación del imperio incaico, promovida por la nobleza andina.

4.2. Periodo de consolidación del Estado

En esta etapa, son escasas las producciones literarias que escapan al circuito letrado criollo, la literatura canónica (o más precisamente canonizada) por excelencia en el periodo de consolidación del Estado nacional, que en el Perú se inicia con el retiro de Bolívar en 1826 y se cierra con la catastrófica guerra del Pacífico, que concluye en 1883.

Para examinar la heterogeneidad real de una literatura en apariencia uniformemente criolla, conviene detenerse en el caso del yaraví, que evidencia los cruces y superposiciones entre sistemas literarios distintos. El yaraví contaba antes de Melgar con una ya amplia difusión: el yaraví mestizo se divulgaba y cantaba a lo largo del siglo XVIII, y han quedado algunos testimonios escritos en castellano (en el *Mercurio Peruano*) y en quechua (en el *Ollantay*). Cabe añadir que los yaravíes melgarianos se transmitieron especialmente por vía oral, recitados y cantados, hasta convertirse en seña de identidad del pueblo de Arequipa. Sus poesías solo se editaron en forma de libro en 1878, aunque algunas de sus composiciones se publicaron años antes en periódicos o circularon profusamente en hojas sueltas. La obra de Melgar, un eminente integrante de la ciudad letrada (notable latinista, por lo demás), procedente de una tradición popular de raíces prehispánicas, transculturada en poesía popular mestiza, retorna del ámbito escrito al escenario oral y popular, evidenciando el heterogéneo entrelazamiento de sistemas literarios. A lo largo del periodo, el yaraví, casi siempre cantado, será la expresión más connotada del sistema de la literatura popular oral, tanto en español como en quechua. Se conservan unas pocas muestras en castellano, recopiladas por Acisclo Villarán; en el caso del

quechua, José Dionisio Anchorena incluye alguna muestra en su *Diccionario quechua* (1874). En el sistema literario letrado, el yaraví inspirará a diversos vates de talante romántico, como Manuel Castillo, Constantino Carrasco o Clemente Althaus, pero también se conservan yaravíes escritos en quechua por el cuzqueño José Lucas Caparó Muñiz.

Además de esta multiforme presencia del yaraví en los más diversos sistemas literarios (letrado en español, letrado en quechua, popular oral en español y popular oral en quechua), cabe señalar algunos ejemplos de incidencia del discurso andino en una ciudad letrada casi excluyentemente criolla; quien mejor ha examinado estos procesos es Gonzalo Espino.²³ Al mismo tiempo que se va incorporando paulatinamente el legado colonial como parte de la literatura peruana,²⁴ expresión de una comunidad que se autoimagina desde el paradigma criollo, se producen intentos iniciales para “nacionalizar” el legado Inca (identificado con lo prehispánico en general). Un primer esfuerzo se aprecia en el libro *Antigüedades peruanas*, publicado en 1853 por el peruano Mariano de Rivero en colaboración con el suizo Juan Diego Tschudi. Allí se encuentran los antecedentes de la arqueología peruana, mediante una valoración de los monumentos incaicos como expresión de una cultura que alcanzó logros destacables. Otra evidencia de esa riqueza cultural es para los autores la propia lengua *quichua* (quechua), cuyas capacidades expresivas resaltan e ilustran con algunas poesías y con fragmentos del *Ollantay*; lamentablemente, esas muestras son presentadas únicamente en su traducción al castellano. En 1873, Acisclo Villarán sustenta en la Universidad de San Marcos la tesis *La poesía en el Imperio de los Incas*, en la que, además de explicar las modalidades de la literatura incaica, siguiendo lo expuesto por el Inca Garcilaso en sus *Comentarios reales*, incluye una muestra de textos (en su mayoría procedentes de la tradición oral, no propiamente de la literatura prehispánica),²⁵ lamentablemente también sólo en traducción al español. A su vez, en 1874 José Dionisio Anchorena publicará su *Gramática quechua* (la primera editada en el Perú independiente). Además de refrendar la valía del quechua como lengua literaria, incluye ejemplos de esa poesía, traduciendo al quechua a algunos poetas españoles o peruanos, e incorporando una pequeña muestra de poemas de tradición oral. Si se opta en casi todos los casos por no publicar las

²³ Véase su libro *Imágenes de la inclusión andina. Literatura peruana del XIX*. En lo que sigue me apoyo en buena medida en sus investigaciones.

²⁴ Cornejo Polar habla en su libro *La formación de la tradición literaria en el Perú* de una nacionalización de la herencia colonial.

²⁵ Por mucho tiempo se seguirá considerando a toda la producción literaria en quechua como “Literatura Inca”, sin atender a sus modos de transmisión o a su época de producción.

versiones en quechua, se debe a que el público lector desconoce esa lengua. Ello lleva a Anchorena a lanzar una propuesta audaz: difundir el conocimiento del quechua como mecanismo para lograr unificar la nación (que sería así un país bilingüe, como lo era —y es— el Paraguay); además está decir que el planteamiento quedó como mero enunciado: la república criolla tenía como premisa esencial la exclusión del indio.

Otra manifestación de estos tempranos intentos de ampliar el *corpus* de la literatura peruana tiene que ver con el caso del *Ollantay*. Esta obra, después de, probablemente, unas pocas representaciones en los años de la gran rebelión, cayó en el olvido (cabe recordar que en los años finales de la Colonia el poder español reprimió toda manifestación de la cultura nativa); obviamente, la obra quedó inédita. Una primera y temprana muestra de interés por la obra es el artículo “Tradición de la rebelión de Ollantay”, publicado en 1835 en una revista cuzqueña por José Palacios Valdés, quien intenta reconstruir, algo imaginativamente, los posibles orígenes legendarios incaicos de la pieza. En 1853, Tschudi (el coautor de *Antigüedades peruanas*) publicó en Viena una primera edición del texto en que tuvo escasa repercusión en el Perú; el mismo Tschudi editó en 1875 su traducción al alemán. En 1871, Markham había publicado su traducción al inglés, y en 1878, el peruano Gabino Pacheco Zegarra publicó en París el texto en quechua con su traducción ¡al francés! En 1868 había publicado su traducción al castellano en prosa José Sebastián Barranca y en 1876 editó la suya en verso (en realidad, más una adaptación que una mera traducción) el importante (aunque algo olvidado) poeta romántico Constantino Carrasco; son estas dos ediciones, publicadas en Lima, las que alcanzarán resonancia en la literatura nacional. Más allá del hoy anacrónico (y entonces ardoroso) debate sobre el supuesto origen incaico del drama, lo importante es la inicial incorporación de este texto al *corpus* literario nacional (en una posición, por cierto, modestamente secundaria) gracias a la mediación de las traducciones al castellano.

4.3. Periodo de la república oligárquica y la modernización dependiente

Los procesos de modernización que atravesó América Latina a fines del siglo XIX y principios del XX tienen como una de sus consecuencias la relativa autonomización de la esfera intelectual y la especialización de sus campos. En unos países más tempranamente, en otros con marcado retraso, se va configurando un campo literario autónomo. La literatura va dejando de lado en gran medida esa dimensión que Alfonso Reyes denominaba ancilar, y que conside-

raba típica de nuestras tradiciones literarias. Las fuerzas de la heteronomía van cediendo ante los impulsos autonomizadores. La especialización de los ámbitos discursivos es propia de sociedades en que la esfera pública experimenta un franco proceso de modernización y, por ello mismo, la literatura se encuentra menos sometida a las urgencias de la construcción de la nación. Dejando de lado funciones “cívicas” (políticas, históricas, didácticas), cobran inusitada prominencia las funciones propiamente estéticas. La vocación artepurista de buena parte del Modernismo hispanoamericano puede ser la expresión más visible de esta reciente autonomía del campo literario. Al examinar al Modernismo hispanoamericano, se suele destacar cómo se distancia de los modelos literarios españoles, cómo se autonomiza de la tradición hispánica, asimilando el aporte de literaturas más modernas (en especial la francesa), pero también se ha destacado la profesionalización del escritor, su incorporación al mercado, en especial mediante el periodismo,²⁶ configurando un campo literario hispanoamericano relativamente autónomo.²⁷

Veamos cómo se da este proceso en el caso peruano. La denominada “República Aristocrática” (1895-1919) constituyó un inusual periodo de estabilidad en nuestra azarosa vida republicana. El peculiar sesgo ideológico conservador y oligárquico que la caracterizó ha dificultado muchas veces evaluar con ponderación y rigor su significación histórica: modernización socioeconómica, inserción (dependiente) en el sistema económico capitalista internacional, insólita estabilidad política en nuestra agitada historia republicana. Es indudable que realizó una importante labor de consolidación de instituciones, que se extendió también al ámbito intelectual. Pero en este Perú de más problemas que posibilidades, resultó una vez más demasiado poco y demasiado tarde: apenas alcanzados esos problemáticos logros, el orden oligárquico se sumió en un periodo de prolongada y turbulenta crisis.²⁸

La institucionalización en el plano cultural se evidenció en la especialización de diversos campos disciplinarios, primero bajo el manto del positivismo y luego a la sombra de lo que se ha denominado la reacción espiritualista. Así, se consolidan académicamente saberes como la filosofía (con Javier Prado o Alejandro Deustua) y la sociología (con Joaquín Capelo y Mariano H. Cornejo). Igualmente, se inicia la arqueología como actividad sistemática, primero con los trabajos de Max Uhle y luego con los de Julio C. Tello, sin

²⁶ Ver, entre otros, el libro de Ángel Rama, *Rubén Darío y el modernismo*.

²⁷ El proceso de la literatura brasileña sigue, a fines del XIX, cursos bastante análogos: desarrollo del mercado literario, institucionalización del campo literario, distanciamiento de la tradición portuguesa (con Machado de Assis y la poesía parnasiana o simbolista).

²⁸ Sobre estos aspectos, véase mi libro *Para una periodización de la literatura peruana*.

olvidar que en 1911 se realiza la célebre expedición de Hiram Bingham a Machu Picchu. A su vez, las disciplinas científicas comienzan a encauzarse con el debido rigor, gracias en buena medida a la labor de Federico Villarreal. En el ámbito educativo, en 1902 se crea la Escuela Nacional de Agricultura, antecesora de la actual Universidad Nacional Agraria, y en 1917 la primera universidad privada del país, la Pontificia Universidad Católica del Perú. El año de 1905 ve el surgimiento de una institución esencial para la preservación del patrimonio peruano, el Museo de Historia Nacional (antecedente del actual Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia). En el mismo año, se crea el Instituto Histórico del Perú (actual Academia Nacional de Historia). En el ámbito de la actividad artística, se funda en 1908 la Academia Musical, antecesora del actual Conservatorio Nacional de Música; un año antes, en 1907, se había constituido la Sociedad Filarmónica de Lima. En las artes plásticas, se funda en 1919 una institución clave como la Escuela de Bellas Artes (verdad que en vísperas del colapso de la República Aristocrática). En el campo de las letras, la Academia Peruana de la Lengua se había instalado en 1887, pero se relanzó y consolidó sólo hacia el final de esta etapa, en 1917.

En el ámbito que más nos interesa, puede hablarse en este periodo de la conformación de un campo literario autónomo en el Perú (obviamente restringido al ámbito letrado). Esto lo captó agudamente Wáshington Delgado en su *Historia de la literatura republicana*. Allí propone, entre otras, una tesis que pareció en su momento controversial y que no ganó consenso, pero que sin embargo portaba una intuición valiosa. Señala Delgado un momento de fundación de la literatura republicana, de fundación de nuestra autonomía literaria, en el que agrupa a autores de distintas generaciones: Ricardo Palma, Manuel González Prada, José Santos Chocano. Con ellos, ya después de la guerra del Pacífico, nuestra literatura se emancipa de los modelos españoles (en esto hay una aproximación coincidente con la de Mariátegui): tenemos así la tradición palmista, el ensayo beligerante y la delicada poesía cosmopolita de González Prada, la poesía modernista y americanista de Chocano. Con estos autores además comienza a configurarse justamente un “canon” literario nacional, son figuras que se constituyen en referentes indispensables de nuestra tradición. Fundación pues en tanto formación de una tradición literaria autónoma. Pero implícita en la propuesta de Delgado hay también una intuición que no desarrolló a plenitud, pero que converge con el concepto actual de campo literario: en esa etapa, que coincide en lo esencial con los años de la “República Aristocrática”, se organiza en el Perú una esfera literaria relativamente autónoma, una vida literaria que se apoya en diversas instituciones (Academia de la Lengua, Universidad, revistas y periódicos, etc.), que dan un dinamismo a la actividad literaria y la configuran como ámbito especializado, más

desligado de otras esferas sociales y culturales (filosofía, sociología, política, etc.). La vida literaria se perfila pues por esos años con contornos más nítidos, incluyendo también la consolidación de una reflexión crítica e historiográfica sobre nuestra tradición literaria.²⁹

Hans Robert Jauss señala que para reconstruir un determinado horizonte literario (horizonte de expectativas) suele ser conveniente realizar cortes sincrónicos en determinados momentos de la evolución literaria. En el caso peruano, un año muy adecuado para realizar uno de estos cortes sincrónicos reveladores es 1905. En ese año se publica *Carácter de la literatura del Perú independiente*, que es en verdad el primer panorama histórico de la literatura peruana. En el listado de historias literarias nacionales del siglo XIX (y principios del XX) que presenta al final de un conocido libro, Beatriz González-Stephan (1987: 248-254) menciona como uno de los más tempranos ejemplos una obra peruana: *Bosquejo sobre el estado político, moral y literario del Perú en sus tres grandes épocas* (1844), de José Manuel Valdez y Palacios. Además de no ser en sentido estricto una historia de la literatura peruana, este libro publicado en el Brasil tuvo escasa repercusión en el Perú. De modo que la obra de Riva-Agüero, ya tardía en el panorama latinoamericano, puede considerarse la obra fundacional de la historiografía literaria peruana. Además de tardía, en contraste con la mayoría de historias literarias nacionales estudiadas por González-Stephan, de sesgo liberal, es ésta una de clara filiación conservadora e hispanista-casticista, incluso poco favorable a la innovación modernista, cuestionada por su afrancesamiento. Riva-Agüero establece en este libro juvenil un primer canon de la literatura peruana, de obvio sesgo criollo (y oligárquico), en el que destacan José Joaquín Olmedo en los años de la Emancipación, Felipe Pardo y Aliaga en los primeros tiempos de la república, y sobre todo Ricardo Palma, el autor de las *Tradiciones peruanas*, figura central del canon nacional. El aporte indígena queda reducido a un efluvio marginal y casi prescindible.

En ese mismo año se publica una obra que presenta *otra* literatura peruana: *Azucenas quechuas*, de Adolfo Vienrich. Esta obra de un discípulo de Manuel González Prada es la primera recopilación sistemática de la oralidad quechua (en concreto, de la región central y sureña del país). Aunque la obra no cumpla con todos los estándares de rigor que hoy se exigen de este tipo de trabajos, la literatura quechua es presentada como un fenómeno actual y dinámico (ya no como una arqueológica “literatura inca”). Vienrich incluye en todos los casos las versiones originales en quechua, acompañadas de traducciones al español del propio recopilador: después de más de un siglo, el quechua recobra plena

²⁹ En esta parte he sintetizado ideas que planteo en mi estudio “El canon literario peruano”, incluido en mi libro *Indagaciones heterogéneas. Estudios sobre literatura y cultura*.

legitimidad como lengua de expresión literaria, con textos procedentes de la oralidad, pero que merecen difundirse mediante la escritura impresa.³⁰ Poesía cantada por la población andina, *Azucenas quechuas* es la evidencia fáctica de que la literatura, el arte verbal producido en el Perú, no está conformado por un único sistema, el de la literatura escrita en español, sino por al menos uno segundo, signado por dos rasgos diferenciadores: su uso del quechua y su circulación oral. En ese año emblemático de 1905, estas dos obras muestran la coexistencia de dos sistemas literarios (cuyos entrelazamientos heterogéneos ya habíamos percibido en la obra de Melgar y en otras expresiones a lo largo del XIX): un sistema literario canonizado escrito en español, y un sistema literario oral en quechua no canonizado. Desde ese momento, queda en evidencia que la literatura peruana no es un sistema único y homogéneo, sino un polisistema signado por la heterogeneidad: una totalidad contradictoria.

BIBLIOGRAFÍA

- BELTRÁN ALMERÍA, Luis y ESCRIG, José Antonio (eds.) (2005), *Teorías de la historia literaria*. Madrid: Arco/Libros.
- BOURDIEU, Pierre (1989-1990), “El campo literario. Prerrequisitos críticos y principios de método”, *Criterios*, 25-28: 20-42.
- ([1992] 1995), *Las reglas del arte. Génesis y estructura del campo literario*. Barcelona: Anagrama.
- BREMER, Thomas y LOSADA, Alejandro (eds.) (1985), *Actas. Hacia una historia social de la literatura latinoamericana*. Giessen: AELSAL.
- y PEÑATE RIVERO, Julio (eds.) (1986), *Actas. Hacia una historia social de la literatura latinoamericana II*. Giessen-Neuchâtel: AELSAL.
- (1988), *Actas. Hacia una historia social de la literatura latinoamericana III*. Giessen-Neuchâtel: AELSAL.
- BUENO, Raúl (1991), *Escribir en Hispanoamérica. Ensayos sobre teoría y crítica literarias*. Lima-Pittsburgh: Latinoamericana Editores.
- (2004), *Antonio Cornejo Polar y los avatares de la cultura peruana*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- BURGA, Manuel y FLORES GALINDO, Alberto (1979), *Apogeo y crisis de la república aristocrática*. Lima: Rikchay Perú.
- CÂNDIDO, ANTÓNIO (1959), *Formação da literatura brasileira; momentos decisivos*. São Paulo: Martins.

³⁰ Al año siguiente, completará su tarea con la publicación de *Apólogos quechuas*, también en versión bilingüe quechua/castellano.

- (1965), *Literatura e sociedade: estudos de Teoria e História Literária*. São Paulo: Nacional.
- (1972), “Literatura y subdesarrollo”, en FERNÁNDEZ MORENO, César (comp.), *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI Editores, 335-353.
- CHANG-RODRÍGUEZ, Raquel y VELÁZQUEZ, Marcel (dir.) (2017), *Historia de las literaturas en el Perú*. 2 volúmenes. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Fondo Editorial-Casa de la Literatura-Ministerio de Educación del Perú.
- CORNEJO POLAR, Antonio (1983), “La literatura peruana: totalidad contradictoria”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 18: 37-50.
- (1982), *Sobre literatura y crítica literaria latinoamericanas*. Caracas: Ediciones de la Facultad de Humanidades, Educación de la Universidad Central de Venezuela.
- (1986), “Las literaturas marginales y la crítica: una propuesta”, en SOSNOWSKI, Saúl (comp.), *Augusto Roa Bastos y la producción cultural americana*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor/Folios Ediciones.
- (1987), “La literatura latinoamericana y sus literaturas regionales y nacionales como totalidades contradictorias”, en PIZARRO, Ana (coord.), *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. México: El Colegio de México, 123-132.
- (1988), “Sistemas y sujetos en la historia literaria latinoamericana. Algunas hipótesis”, *Casa de las Américas*, 171: 67-71.
- (1989), “Los sistemas literarios como categorías históricas. Elementos para una discusión hispanoamericana”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 29: 19-25.
- (1989), *La formación de la tradición literaria en el Perú*. Lima: CEP.
- (1993), “Ensayo sobre el sujeto y la representación en la literatura latinoamericana: algunas hipótesis”, *Hispanamérica*, 66: 3-15.
- (1994), “La literatura hispanoamericana del XIX: continuidad y ruptura”, *Crítica de la razón heterogénea. Textos esenciales*. Caracas: Monte Ávila, 337-392.
- (1994), *Escribir en el aire. Ensayo sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*. Lima: Horizonte.
- (2013), *Crítica de la razón heterogénea. Textos esenciales*. 2 tomos. MAZZOTTI, José Antonio (sel., pról. y notas). Lima: Fondo Editorial de la Asamblea Nacional de Rectores.
- DELGADO, Wáshington (1980), *Historia de la literatura republicana*. Lima: Rikchay Perú.

- Diccionario enciclopédico de las letras de América Latina* (1995-1998), Caracas: Biblioteca Ayacucho-Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- ESPINO RELUCÉ, Gonzalo (1999), *Imágenes de la inclusión andina. Literatura peruana del XIX*. Lima: Instituto de Investigaciones Humanísticas, Facultad de Letras y Ciencias Humanas, Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- EVEN-ZOHAR, Itamar (1990), "Polysystem Studies", *Poetics Today*, XI.1: 1-268.
- (2007), *Polisistemas de cultura (Un libro electrónico provisional)*. Tel Aviv: Universidad de Tel Aviv, Cátedra de Semiótica. Disponible en http://www.tau.ac.il/~itamarez/works/papers/trabajos/polisistemas_de_cultura2007.pdf
- FERNÁNDEZ MORENO, César (comp.) (1972), *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto (1975), *Para una teoría de la literatura hispanoamericana y otras aproximaciones*. La Habana: Casa de las Américas.
- GARCÍA-BEDOYA M., Carlos ([1990] 2004), *Para una periodización de la literatura peruana*. Lima: Latinoamericana Editores. Segunda edición, Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- (2000), *La literatura peruana en el periodo de estabilización colonial*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.
- (2012), *Indagaciones heterogéneas. Estudios sobre literatura y cultura*. Lima: Pakarina-Centro de Estudios Literarios Antonio Cornejo Polar-Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la UNMSM.
- GOIĆ, Cedomil (1988), *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana*. 3 tomos. Barcelona: Editorial Crítica.
- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Roberto y PUPO-WALKER, Enrique (eds.) (1996), *The Cambridge History of Latin American Literature*. [1: *Discovery to Modernism*. 2: *The Twentieth Century*. 3: *Brazilian Literature. Bibliographies*]. Cambridge: Cambridge University Press.
- GONZÁLEZ-STEPHAN, Beatriz (1985), *Contribución al estudio de la historiografía literaria hispanoamericana*. Caracas: Biblioteca de la Academia Nacional de Historia.
- (1987), *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. La Habana: Casa de Las Américas.
- Hacia una historia de las literaturas centroamericanas* (2008-2010). 6 tomos. Guatemala: F& G Editores.
- HALPERIN DONGHI, Tulio (1990), *Historia contemporánea de América Latina*. Madrid: Alianza Editorial.

- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro ([1945] 1949), *Las corrientes literarias en la América hispánica*. Joaquín Diez Canedo (trad.). México: Fondo de Cultura Económica.
- Historia de la literatura mexicana: desde sus orígenes hasta nuestros días* (1996-2011). 3 tomos. México: Siglo XXI Editores.
- HOBBSAWM, Eric ([1962] 1997), *La era de la revolución: 1789-1848*. Barcelona: Crítica.
- ([1975] 1998), *La era del capital: 1848-1875*. Barcelona: Crítica.
- ([1987] 2007), *La era del imperio: 1875-1914*. Buenos Aires: Paidós Argentina.
- IÑIGO MADRIGAL, Luis (coord.) (1987), *Historia de la literatura hispanoamericana*. [I: *Epoca colonial*, 1982. II: *Del neoclasicismo al modernismo*]. Madrid: Cátedra.
- JAUSS, Hans Robert (1976), “La historia de la literatura como provocación de la ciencia literaria”, en *La literatura como provocación*. Barcelona: Península, 131-211.
- (1978), *Pour une Esthétique de la réception*. París: Gallimard.
- JITRIK, Noé (ed.) (1999), *Historia crítica de la literatura argentina*. 12 volúmenes. Buenos Aires: Emecé.
- LAZO, Raimundo (1965-1967), *Historia de la literatura hispanoamericana*. [I: *El periodo colonial (1492-1780)*, II: *El siglo XIX (1780-1914)*]. México: Porrúa.
- LOSADA, Alejandro (1983), “Articulación, periodización y diferenciación de los procesos literarios en América Latina”, *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, 17: 7-37.
- (1983), *La literatura en la sociedad de América Latina: Perú y el Río de la Plata, 1837-1880*. Frankfurt: K. D. Vervuert.
- (1987), *La literatura en la sociedad de América Latina*. Munchen: W. Fink.
- MARIÁTEGUI, José Carlos ([1928] 1977), *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Biblioteca Amauta.
- MELANÇON, Robert, NARDOUT-LAFARGE, Elizabeth y VACHON, Stéphane (1998), *Le portatif d'histoire littéraire*. Montréal: Paragraphes-Département d'Études Françaises-Université de Montréal.
- MIGNOLO, Walter (1994-1995), “Entre el canon y el corpus”, *Nuevo Texto Crítico*, 14/15 (junio-julio): 23-36.
- MOISAN, Clément (1987), *Qu'est-ce que l'histoire littéraire?* Paris: Presses Universitaires de France.

- OSORIO T., Nelson (2000), *Las letras hispanoamericanas en el siglo XIX*. Alicante, Santiago de Chile: Universidad de Alicante-Universidad de Santiago de Chile.
- OVIDEO, José Miguel (1995-2001), *Historia de la literatura hispanoamericana*. 4 tomos. Madrid: Alianza Editorial.
- PEDRAZA JIMÉNEZ, Felipe B. (coord.) (1991-2016), *Manual de literatura hispanoamericana*. 7 tomos. Pamplona: Cénlit.
- PIZARRO, Ana (coord.) (1985), *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- (1987), *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. México: El Colegio de México-Universidad Simón Bolívar.
- (1993-1995), *América Latina. Palavra Literatura e Cultura*. [I: *A situação colonial*. II: *Emancipação do discurso*. III: *Vanguarda e modernidade*]. São Paulo-Campinas: Memorial-Unicamp.
- QUIJANO, Anibal (1978), *Imperialismo, clases sociales y Estado en el Perú: 1890-1930*. Lima: Mosca Azul.
- RAMA, Ángel ([1970] 1985), *Rubén Darío y el modernismo*. Caracas-Barcelona: Alfadil.
- (1984), *La ciudad letrada*. Hanover, New Hampshire: Ediciones del Norte.
- RIVA-AGÜERO, José de la ([1905] 1962), *Carácter de la literatura del Perú independiente. Obras completas I*. Lima: Pontificia Universidad Católica.
- ROJO, Grínor y ARCOS, Carol (2017), *Historia crítica de la literatura chilena*. Volumen I: *La era colonial*. MASSMANN, Stefanie (coord.). Santiago de Chile: LOM.
- SCHWARZ, Roberto (1977), “As idéias fora do lugar”, *Ao vencedor as batatas*. São Paulo: Duas Cidades, 13-28.
- TINIANOV, Juri (1970), “Sobre la evolución literaria”, en TODOROV, Tzvetan (ed.), *Teoría de la literatura de los formalistas rusos*. Buenos Aires: Signos, 89-101.
- VALDÉS, Mario J. y KADIR, Djelal (eds.) (2004), *Literary cultures of Latin America: a comparative history*. [1: *Configurations of literary culture*. 2: *Institutional modes and cultural modalities*. 3: *Latin American literary culture*]. Nueva York: Oxford University Press.
- WELLEK, René (1983), *Historia literaria: Problemas y conceptos*. Barcelona: Laia.
- YEPES DEL CASTILLO, Ernesto (1972), *Perú 1820-1920. Un siglo de desarrollo capitalista*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos-Campodónico ediciones.